

La luz de mi vida

Todo está tranquilo. Calles oscuras sin luces y silencio ubicuo. El viento pasa corriendo por las calles con alegría, trayendo desde lejos los ecos silenciosos de las celebraciones de las Fallas. Todos los habitantes de Valencia están allí. Sus ojos reflejan las luces de los fuegos y reavivan en ellos la belleza y la alegría. Nadie pensaría ir a caminar solo, por la noche, transitando calles sin ningún motivo. Solo una persona solitaria prefiere vagar y se llama Joaquín Sorolla.

Rompo el silencio con mi bastón en el pavimento como un barco rompiendo hielo. Avanzando lentamente, trato de ahuyentar los pensamientos y sueños que se esconden en la oscuridad. Los ignoro. Solo tengo ojos para la belleza extraordinaria de la luz de la luna reflejándose en las ventanas de las casas. La luz de Dios pinta cuadros maravillosos en las paredes. Completamente olvido adónde voy. Seguir la luz es mi objetivo. Profundamente inmerso en la luz, giro por una esquina y me detengo sorprendido. No soy el único cansado por el ruido. Frente a mí, al final de la calle, hay una niña. Está cerca de una farola muerta. Inclined hacia delante, mueve los labios lentamente como si hablara con ella. No puedo oír sus palabras desde esa distancia. Quiero saber de qué está hablando. Qué palabras de consuelo le dice a esa lámpara sin emociones. De repente, deja todo y abre las palmas de las manos y, poco a poco, algo comienza a formarse. Una luz suave proviene de sus palmas. Crece cada vez más fuerte y, finalmente, desde una chispa nace un haz de luz. Lentamente, la niña se acerca a la lámpara y coloca cuidadosamente sus manos sobre ella. La luz, de repente, comienza a extenderse por la lámpara.

El metal chupa la luz hasta que no queda nada en las manos de la niña. Miro hacia arriba y veo que la lámpara ya está encendida, pero la niña se ha caído al suelo. Voy corriendo hacia ella sin pensar. Creo que la he asustado porque se ha levantado rápidamente y ha empezado a huir de mí. Quiero ver si está bien, pero también estoy atraído por algo en ella que es muy misterioso. Hay algo sobre ella que es divino. La sonrisa tímida que le dio a la lámpara. Acaba de pasar por el Mercado Central. Una niña con piernas pequeñas puede correr rápidamente. Apenas puedo seguirla. De repente, estamos en la Plaza Redonda. No se detiene y corre a la Plaza de Lope de Vega. Las luces parecen ayudarla. Son demasiado brillantes. Es extraño. De pronto, estamos enfrente de la Catedral de Santa María. Normalmente me detendría a admirar los muros y las torres, pero no puedo dejar escapar a la niña. Pasamos de la Basílica de la Madre de los Desesperados a la Plaza de la Virgen. Aquí, delante de la Fuente del Turia, se detuvo y dio la vuelta sin miedo de mí. Paré porque no esperaba tanto desafío en su pequeña cara. Inclina la cabeza y me pregunta:

"¿Por qué me estás siguiendo?" "¿Quién eres?", respondo a su pregunta con la mía. Solo me mira a mí. Después de un tiempo se ríe y dice: "¿Me seguiste todo el tiempo porque querías saber quién era yo?". Asiento con la cabeza. "Mi nombre es Lucía y soy guardia de las luces". Lo dice con orgullo. Solo ahora me doy cuenta de que está muy delgada. Su vestido está colgado en ella. "¿Y cómo proteges las luces?", le pregunto. "Las cuido para que no desaparezcan y nadie las destruya con su odio. Las lámparas también tienen vida y alma". "¿Las lámparas tienen alma?", vuelvo a preguntar. "Sí, tienen más vida en sí que tú. Divagas por las calles todas las noches persiguiendo sueños y luces que no se hacen realidad". "¿Cómo... cómo sabes que estoy solo y triste buscando la vida?". "Las lámparas son nobles y están llenas de vida. Escuchan las historias que la gente cuenta y luego me las cuentan". Eso es imposible, pienso. "¿Es tan irreal que no puedes creerlo?" Parece una niña, pero en realidad es una mujer. Se sonrío. "Sígueme", y camina lentamente hacia una farola de la calle. Estira las manos hacia ella y no se mueve por un momento. Después de un tiempo, sus manos comienzan a brillar con la luz cálida. Atentamente la observo. Está muy tranquila y concentrada. De repente, cierra las manos y atrapa la vida de la lámpara en ellas, así que la lámpara se apaga. Estira las manos delante de mí y me da la luz. "Esto es la vida de una lámpara. ¡Tómala!, la necesitas. Protégela con cuidado, porque una vida ha tenido que apagarse para que tú la tengas". Al decirlo, mira a la lámpara apagada. ¡La luz es tan suave! Poco a poco noto que penetra en mis manos. De repente, me siento fresco y lleno de vida. Veo todo el mundo con ojos diferentes. La miro con una gran sonrisa en los labios, pero ella no se sonrío. Ella comienza a desaparecer lentamente. "¡No te vayas!", grito, pero ella susurra: "Recuerda quién te ha dado la vida", y se desaparece. Todo es diferente y ella se ha ido. ¡La niña que iluminó mi vida!

Comienza a amanecer, así que echo una última mirada a la farola que ha vertido nueva vida en mis venas y camino hacia casa. Tengo que pintarla para no olvidarla. Pinto a la niña, pero día tras día su figura está más y más en la niebla. Su cara es una línea borrosa en mis recuerdos y en el papel también. Soy incapaz de pintarla correctamente. Tengo que verla una vez más.

Y aquí estoy. Deambulo por las calles oscuras de nuevo buscando a mi musa, a esa que me devolvió la vida. Pero es demasiado tarde. Es en vano. No fue la lámpara la que me dio la vida, sino ella.

¡Lucía me dio su vida!

Autora: Eva Plačková 2021 Concurso: "Mucho por conocer"